

tiene que disfrazarse como yo; si no, nadie nos lo va á creer... ¿Con que usted resultó sin novedad? Yo apenas saqué esta heridita de soslayo en el brazo derecho, del segundo tiro que me disparó el maldito centinela.

Y desenvainando navaja, tijeras y humo de ocote, me desfiguró rostro y manos en un momento. A poco llegó con otro huacal y otro otate muy semejantes á los suyos, y nos pusimos en camino pasando por Santiaguito, los Remedios, el Rosario, Santa Catarina y Tacuba, entrando á México por la Teja.



CAPITULO II

La leva

El campo estaba fangoso, pero alegre. Las calzadas, que mostraban aquí y allá huellas de carros, pezuñas y pies, reflejaban en cada bache el follaje opulento de los sauces, antes con su festón de *pachtli*, como viejos que dejaran caer la lengua barba sobre el pecho, y ahora jóvenes, lucientes, tremolando al viento su verdura como inmenso estandarte coronado por el airón de blancas flores que lucía en la cima.

Las acequias, cubiertas antes de *chichicastle*, se llenaban de amplias hojas verdes que hacían el efecto de un tapiz riquísimo en que se hundían los pies.

El camino estaba lleno de vendedores de verdura, de *blanquillos*, de carbón y de aves. Los ingenuos indezuelos hablaban entre sí en su lenguaje entreverado de palabras

españolas, unas veces como llorando, otras como cantando, siempre suavemente, siempre con tristeza inmensa, haciéndose de paso zalamas y ceremonias, besándose la mano y diciéndose al retirarse algo que debía ser muy cariñoso y muy fino.

Chava tenía particular cuidado, cuando llegábamos á un grupo de esos, de insultarme sin compasión para demostrar que era yo un mal trabajador.

-- ¡Bruto, animal! ¡ya verás cómo llegando á la casa te pego de recio!... ¡No puedes con esa carguita!... Vienes pujando como burro matado!... ¡Parece que no comes!

Así llegamos á las orillas de la ciudad, que no eran, como hoy, el albergue de fábricas, el nido de gente obrera limpia, atareada, que ostenta el sello que denuncia al hombre de familia y al trabajador; sello que no pueden contrahacer el pícaro y el holgazán.

Esparcidos aquí y allá, como cúes destinados al culto de la divina suciedad, adorada de nuestra plebe, se veían montículos de basura ricos de color, ricos de olor y de apariencia ricos. Todo había en ellos, desde la lata vacía, que reverberaba al contacto del sol, hasta el pingajo de seda reluciente, el casco de botella grande como enorme esmeralda, el papel roto de un códice apolillado, el trozo de hierro y el trozo de madera fina, la cara de muñeca de barniz y el pie de santo de iglesia; sacando la cabeza en

aquella pirámide, como ídolo votivo, un gato que parecía estar hilando á los pies de su dueño.

El caserío se tendía á lo lejos, primero disperso, separado, sin unión; luego apretado, unido, dejando ver apenas, como arterias que condujeran la sangre del monstruo, calles que se perdían de vista hasta cerrarse con tapiales coronados de torres, cúpulas, espadañas y campanarios.

Salía al paso, como mendigo insolente que se atraviesa en la vía pública mostrando la fealdad de sus llagas, una casona vieja, triste, lacrada y cazoñosa. Todo en ella era feo: la actitud chismosa con que espiaba el camino, como para indicar por donde debían seguir las otras construcciones, que se habían detenido bien lejos de ella; el aspecto de sordidez y de lacería de la fachada, que dejaba á la vista las desconchaduras, hendeduras y cuarteaduras sin que se notara que alguien hubiera tratado de ponerles el apósito de cal y arena y la venda de pintura con que otras ocultan defectos peores; la charca de lodo fétido que estaba á la entrada cerrando el paso al transeunte y pronta para atacarle el olfato si por acaso no cedía á las sugerencias de la vista.

El zaguán, con pavimento de tierra apisonada, tenía en el centro el famoso albañal en que no hace todavía muchos años vertían todas las inmundicias de las casas, en espera de la bienaventurada pipa que se aguardaba como agua de Mayo.

El corredor era *chaparrón*, con el techo lleno de *madres* y los muros de puntales; los cuartos eran oscuros, humeados, con ese hollín lustroso que al cabo de los años semeja las habitaciones á pipas *culotadas*.

Podía haberse estudiado allí, como en libro abierto, la desorganización de la materia: la tierra, que escarbaban dos gallinas flacuchas que por allí se parecían, apestaba á porquería y á humedad: las canteras se desmoronaban; los adobes se venían abajo; las maderas caían apolilladas al empujón más leve; los hierros estaban comidos de orín.

La gente que habitaba la casa correspondía á ella. Los hombres, envueltos en sábanas trigueñas y consteladas de señales de pulgas, bebían pulque ó jugaban á la *rayuela*; las mujeres de cutis negruzco, de cabello lacio, mostrando pantorrillas flacas y tetas que parecían bolsas de goma negra, lavaban las ollas de *nejayote* ó los pañales de sus hijuelos en el arroyo que corría en medio del patio: los muchachos, con sombrero de solideo y camisa hasta el ombligo, se revolcaban en el lodo, diciendo en sus lenguas enteras ó á medias, todas las indecencias que ha inventado la fantasía de este pueblo privilegiado.

Había en la casa, á pesar de todo, alguien que se diferenciaba de la gentuza aquella, y era la familia de Fabiana, la casera, madre de Atanasio y Sebastián Martínez, carpintero el uno y sastre el otro, y muchachos tan cumplidos y guapos que daba gloria verles.

Los dos chicos eran casados; el uno mantenía á siete angelitos, y el otro contaba con cinco criaturitas algo menores que las del hermano. Uno y otro vivían al lado de la madre, sacando todo el jugo posible á su mísera soldada; pero, eso sí, andando ellos y teniendo á sus familias limpias como los chorros del oro, y hasta comiendo carne casi todos los días.

Cuando salían á la calle los domingos, albeantes y llenas de randas las camisas, limpias las calzoneras con botonaduras de plata, bien puesta al cuello la mascada roja, ladeado á *lo maldito* el sombrero con chapetones de plata, llevando por delante á los muchachos que podían andar y de bracero á sus *viejas*, se detenían á verles las gentes llenas de envidia.

Y las viejas no eran ningunos esperpentos: *Todosia* había sido en sus tiempos el encanto del barrio de la Palma, y Nicanora había causado dolores de cabeza á más de cuatro señoritos.

Chava conocía á ña Fabiana desde hacía años, y por cierto que la vieja le había prestado buenos servicios. En tiempo de guerra le había ocultado con cariño grandísimo, hasta exponiendo la vida por él; Chava, en cambio, le había puesto aquella recaudería en que se ostentaban, por orden de jerarquías, las ollas, los cántaros y las tinajas; en que las livideces de las cebollas contrastaban con las coloraciones de los betaveles; en que los *jitomates*,

rojos y rezumando sudor, como gentes atareadas, veían de reojo á los tomates, cloróticos y sensibles, cubiertos aún con la capa que habían traído de la mata, y en que el mango *pachiche*, que parecía la cara de una solterona con pata de gallo, cedía el paso á la manzana *panochera*, insolente con sus chapas de aldeana robusta.

Ña Fabiana se alegró de vernos y puso á nuestra disposición una piececita, á la cual si se le quitaba el ser más húmeda que una tinaja de Ulúa, no tener luz de sol, no recibir aire, no poseer más muebles que un petate desbordado y una silla paticoja, habría sido la estancia más cabal del mundo y habría servido para hospedar no á pobres polleros como nosotros, sino al mismo rey de España. Pero mi compañero, que sabía de estas cosas más que yo, creyó que no debíamos llamar la atención de los honrados habitantes de la casa lanzándonos á los lujos de una cama, una mesa y una cazuela en que lavarnos la jeta.

Dos días llevaríamos en la casa, cuando apareció Fabiana espantada, llorando á moco y baba, participándonos que acababan de coger de leva á sus hijos.

A riesgo de que nos pasara á nosotros lo mismo, salimos Chava y yo á ver qué podíamos hacer. Las calles estaban solitarias, con aspecto de calles de ciudad abandonada. Los obreros que suelen estar de vaya en pulquerías y tiendas, se habían dispersado: los vendedores se habían ocultado; los paseantes habían desaparecido.

Al dar vuelta de San Cosme nos salió al encuentro un golpe de gente del pueblo que pasó á toda prisa.

— Andan echando leva, amigos; ¿qué hacen que no se esconden?

Nos metimos en la primer casa que encontramos y dejamos pasar á los reclutadores, que iban desempedrando calles con las herraduras de sus jamelgos.

Cuando salimos del zaguán nos encaminamos al centro y llegamos á la Santísima, donde estaba el cuartel del segundo ligero y donde metían á todos los desgraciados que caían presos.

Por la calle no se podía pasar. Mujeres de todas edades y de todos pelajes se empujaban á la puerta del cuartel. El rebozo ametalado brillaba junto al pobre rebocillo azul ó negro de *zozopactle*, que ya no podía tolerar otra lavada más; la enagua de puntas enchiladas confraternizaba con la humilde enagua de *carranclán*; la camisa de randas se aproximaba al *huipil* de la india y á la camisa de manta de la doméstica, y todo era un ir y venir de manos blancas y morenas, de pies calzados y descalzos, de cabezas crespas y cabezas lacias.

¡Cuántos ojos abotagados por el llanto, cuántas mejillas hundidas, cuántas viejecitas que apenas podían tenerse en pie, cuántos niños y cuántas doncellas que empinándose en los talones trataban de columbrar al hijo, al padre, al esposo ó al amigo!

Al husmo de la ganancia habían acudido las vendedoras de fritangas nacionales, los que expendían baratijas, los que hacían *suertes*, los mendigos y los rateros.

De la multitud salían frases de dolor y gritos de compasión:

— Hijo de mi alma, ¿quién te diría que ibas á dejar sola á esta pobre vieja?

— Se los llevan á pelear con los colorados, porque ya Miramón no tiene gente.

— ¡Maldito sea Miramón y la madre que lo parió!

— ¡Ay, hijitos, ay, hijitos! ¡ya no tienen padre!

— La maldita pulquería tiene la culpa; bien se lo había dicho á Pánfilo.

— El corazón avisa; anoche lo soñé.

En eso salió una patrulla á despejar la calle, y mediante una buena cantidad de culatazos, dejó libre el frente del cuartel. Un chico se quejó de haber recibido algún golpe, y el golpeador le dijo enojado:

— *Cuele* de aquí ó me lo meto *padentro*; ya está bueno pa corneta.

Y el muchacho se escapó más que de prisa.

Con el despejo pudimos ver un poco hacia el interior.

Junto á la fuente había una fila de hombres lívidos, callados, con el cabello cortado al rape, vistiendo el uniforme de lienzo blanco y tocados con el enorme chacó con pompón rojo. Un rábula escribía junto á ellos y varios

jefes interrogaban á los reclutados y daban noticias al escribiente.

— Ya les están pasando por cajas, decía una.



— Me está mirando, gritaba otra bebiéndose las lágrimas; ¡qué raro estás, Crescenciano!

— Miren á mi pobrecito viejo. ¡Lucas, Lucas! ¿no me oyes? Está muy *cáido*; se conoce que lo tiene así la *pensión* de nosotros.

— Yo le traía el niño á Rudesindo; pero no está por aquí, y la criatura ya se muere de hambre y pide su *chiche*.

Y diciendo y haciendo sacó la teta, la colocó entre los labios del infante y éste comenzó á chupar con bríos que

demostraban lo poquísimos que se le daba del gobierno del mundo y sus monarquías.

— No haga eso, mi alma, dijo á la del mamón una vieja tan flaca que parecía escoba de varas; es alferecía segura; la leche, después de un coraje, es tan veneno como el ahuate y la chirimoya... ;Ve que se le acaba de salvar del *mocezuelo* y ahora le da de mamar así!

— Pa lo que el *probecito* ha de pasar sin su padre, más vale que se pele.

— No, hija, no; eso es tentar á Dios de paciencia; el Señor se lo guarde, y si su Divina Majestá quiere llevárselo, ya se lo llevará sin que usted ponga nada de su parte.

Pero allí nada se podía hacer, y resolvimos volver á la casa de mi amiga, las desconsoladas semiviudas y yo.

— Dicen que el que dizque arregla todo es el viejecito *escribano*, el de los anteojos azules.

— Y el capitán de los bigotes retorcidos.

— Vámonos, que ña Fabiana ha de estar que no le cabe una lenteja.

Llegamos á la casa y encontramos á la vieja con tantos ojos de llorar.

— ;No sé qué va á ser de mí, no sé qué va á ser de estos inocentes sin un pan que comer! ;Jesús y divino Antonio, téngame en sus manos! Señor de Esquipulas

bendito, ¿qué pecado he cometido para que me caiga esta desgracia?

Y se mesaba las mechas canosas, y enclavijaba las manos y nos dirigía imprecaciones.

— Chavota ;por Dios! usted es mi padre; si me quitan á mis hijos, me muero y se mueren estas gentes. Pero ¿qué no miran que son trabajadores y honrados y que no le hacen daño á naiden? Si fueran pulqueritos ó flojos, bueno estaba; pero si estos apenas ganan el real ó la peseta y los entriegan á su casa... ;Ay, Chavota! yo no quiero que me quiten á mis hijos...

El gigante Chava hundía la cara entre las manos y lloraba á lágrima viva. ¿Íbamos á ponernos frente á los mandones, exponiéndonos á que nos fusilaran, sin sacar nada para aquella pobre gente? ¿Íbamos á escribir, á mover influencias, á tratar con alguien de la liberación de los pobres muchachos? Ni pensarlo; habría equivalido á denunciarnos y á empeorar la situación de los desgraciados mozos.

Chava me llamó aparte, me pidió lo que guardaba yo aún en oro, sacó él mismo lo que tenía y dándoselo á las muchachas les recomendó fueran á agenciar la libertad de sus maridos.

Mal comieron Todosia y Nicanora, y echándose encima el fondo del baúl, salieron llevando las oncritas bien atadas en la punta de un pañuelo.

A las oraciones estaban de vuelta: habían dejado el dinerito en poder del licenciado de los anteojos azules y él les había prometido dejar libres á los presos en menos que canta un gallo; todo consistía en presentar un par de reemplazos, que por cierto valían carísimos á aquella hora; pero ya se andaría, y si algún dinerillo más le llevaban, era negocio hecho más pronto.

No sé qué empeñarían ó malbaratarían aquellas desgraciadas; pero algo deben de haber llevado al infecto *coyote*, cuando salieron á la calle. A la tarde regresaron alicaídas: era menester recoger la mar de firmas, mandar *insortos*, tomar *reclaraciones* y practicar *acareos*; pero á los dos días, negocio concluído.

Pasado el plazo, quiso la maldita casualidad que el licenciado de los vidrios azules en los ojos no ocurriera al cuartel, ni el otro día, ni los dos que siguieron; pero en cambio habían topado con un oficialito guapo, de bigote rizado y ojos *chinos*, que ofreció interesarse por los reclutas; sólo que el señor oficial quería ver á solas á Todosia, porque como la muchacha sabía leer, podía enterarse bien de ciertas cosas.

Fabiana se enfadó grandemente.

—¿Y qué puede quererte decir ese lambido que no oiga también ésta? ¿Cuánto van á que si tantas me hace, yo voy á que me dé *crátedas* ese señor? ¡Aiga cosa! A mí me huelen muy mal los secretitos.



Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña...

Todosia dijo que tenía razón su suegra; pero seguían presos los muchachos y había que darle solución á aquello.

Una tarde, después de mucho cuchicheo, Todosia salió de la casa con gran estrépito de enaguas almidonadas y erujir de zapatos nuevos. Tornó oliendo á pachulí, hablando de la fineza del señor oficial, de la riqueza del cuarto del señor oficial; y oficial va, oficial viene, oficial arriba y oficial abajo, las pobres se durmieron pensando en que al aparecer el sol ya estarían los secuestrados llamando á la puerta.

Todo el mundo se levantó alegre y dispuesto; pero no tardaron en llamarnos la atención las carreras del populacho que se precipitaba á las bocacalles.

Era un batallón que salía «á escarmentar á la vil canalla», según decía el *Diario de los Avisos*. Iba delante el coronel en su gran caballo negro; seguían la banda, el tambor mayor con su barba moscovita y su porra llena de borlas, los clarines y los tambores, los oficiales al frente de sus compañías y pelotones, y luego muchos soldados tristes, agobiados con el peso del arma y el de la mochila, caminando ya con regularidad y garbo. ¡Tanto había hecho la vara del cabo de escuadra en unos cuantos días!

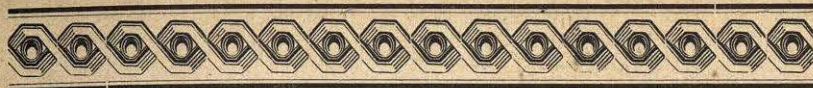
Fabiana, Todosia y Nicanora se hicieron seña, miraron á dos pobrecillos que les sonreían tristemente, y rompieron en alaridos en que las acompañaron los chicuelos

que estaban á su lado y que también habían reconocido á sus padres, como ellas habían reconocido á sus maridos ó á sus hijos.

El hombre de las barbas meneó en ese instante la porra con ademán cabalístico, y la música rompió á tocar un aire que opacó los gritos de aquellas infelices, y cuyo estribillo decía:

¡Viva, viva el valiente Orihuela,
Su segundo Miguel Miramón!
¡Mueran, mueran los puros malditos
Y que viva nuestra religión!

Las valientes cruzadas de Puebla
No se asustan al oír el cañón.
¡Viva, viva el valiente Orihuela,
su segundo Miguel Miramón!



CAPÍTULO III

Las aventuras de Pancho Zarco

N día entró Chava, y llamándome aparte me dijo que precisaba fuera á hablar con un amigo á quien podía prestar un servicio. Por calles extrañadas llegamos hasta el Puente de Curtidores, dió mi acompañante no sé qué señas y contraseñas y nos introdujeron á una salita del piso bajo. Allí estaba con su gran nariz, su rostro anémico, su bigote caído y sus ojos chispeantes — ¿quién había de ser? — el espejo de los periodistas, el modelo de los caballeros, el jefe de los graciosos, Pancho Zarco, en fin, convertido en un conspirador de barba postiza y anteojos verdes.

Apenas me vió me echó los brazos al cuello lleno de alegría.

— Hola, comandante: ¿quién diablos había de recono-